ANTONIO DOMÍNGUEZ

LA NUEVA LEY

DIVAGACIÓN CÓMICA

en un acto y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910

Para Enrique Chicote.

Su amigo y admirador,

Domínguez

LA NUEVA LEY

LA NUEVA LEY

DIVAGACIÓN CÓMICA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO DOMÍNGUEZ

Estrenada en el TEATRO LARA el 28 de Diciembre de 1909



MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP
Teléfono número 551

1910

Para

Jacinto Benavente,

con toda mi admiración, mi agradecimiento y mi respeto,

Antonio Domínguez.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
FILOMENA	Sra. Ortiz.
DOÑA CARLOTA	Srta. Alba.
QUINTINA	Seco.
LA SAGRARIO	Toscano.
EDUVIGIS MONTEALEGRE	Pardo.
EUGENIA MONTEALEGRE	La Torre.
DOÑA ROSARIO	Sra. Echevarría.
AMADEO	Sr. Puga.
VALENTÍN	Manrique.
QUESADA	Mora.
GONZALO	Mata.
DON ATILANO	Romea.

La acción, en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

Las Empresas y los Directores podrán optar entre el procedimiento de anunciar la ley por medio de un telón, como se hizo en el teatro Lara, de Madrid, y se explica en el texto de este libro, ó de la manera siguiente:

Los porteros y acomodadores del teatro estarán provistos de unas hojas impresas imitando la *Gaceta de Madrid*, que entregarán, á modo de programa, al público, al ocupar éste su localidad.

En dicha imitación de la *Gaceta* irá inserto lo siguiente:

PARTE OFICIAL

Presidencia del Consejo de Ministros

LEY

Don Alfonso XIII, por la gracia de Dios y la Constitución, Rey de España.

A todos los que la presente vieren y entendieren, sabed: Que, para combatir de algún modo la creciente inmoralidad que amenaza corromper la Sociedad entera, y evitar en lo posible la anormal y antisocial existencia de tan crecido número de celibatarios, dañinos para la buena marcha de la Nación y la pureza de las costumbres, las Cortes han decretado y Nos sancionado lo siguiente:

Artículo 1.º Los mayores de 25 años, que, no pudiendo acreditar impedimento para el matrimonio, se conserven célibes, pagarán un impuesto especial, según la siguiente escala:

De 25 á 30 años, una quinta parte del sueldo, jornal, rentas ó utilidades aproximadas en la clase de trabajo á que se dediquen.

De 30 á 35 años, una cuarta parte.

De 35 á 40, una tercera parte.

De 40 á 45, la mitad.

Y si aun á esta última edad no hubiere contraído legítimo matrimonio, el impuesto ascenderá á las dos terceras partes del total de los haberes líquidos que perciba el célibe por todos conceptos.

Art. 2.º Los empleados públicos mayores también de 25 años y de estado solteros, aptos para el ascenso, no serán, sin embargo, promovidos á la categoría superior, mientras en la inmediata inferior existan funcionarios casados y con hijos legítimos, que se hallen en idénticas condiciones que el célibe y soliciten dicho beneficio.

Art. 3.º Quedan derogadas todas las leyes que se opongan á la presente.

Por tanto, mandamos á todos los Tribunales, Jefes, Gobernadores y demás Autoridades, así civiles como militares y eclesiásticas, de cualquier clase y dignidad que sean, guarden y hagan guardar, cumplir y ejecutar la presente Ley, en todas sus partes.

Dado en Madrid.

YO, EL REY

El Ministro de Hacienda,
LUIS MONIPODIO.

* * *

También se puede recurrir, sencillamente, á que un actor salga al proscenio, antes de comenzar la representación, y dé lectura á la Ley, que se supone inserta en la *Gaceta*.



ACTO UNICO

Al levantarse el telón de boca, aparecerá otro que tendrá escrito lo siguiente:

NUEVA LEY CONTRA EL CELIBATO

La «Gaceta» publica la ya famosa ley, que dice así:

«Para combatir de algún modo la creciente inmoralidad que amenaza corromper la sociedad entera, y evitar en lo posible la anormal y antisocial existencia de tan crecido número de celibatarios, dañinos para la buena marcha de la nación y la pureza de las costumbres, las Cortes han decretado y el Rey sancionado lo siguiente:

Artículo 1.° Los mayores de 25 años, que, no pudiendo acreditar impedimento para el matrimonio, se conserven célibes, pagarán un impuesto especial, según la siguiente escala:

De 25 á 30 años, una quinta parte del sueldo, jornal, rentas ó utilidades aproximadas en la clase de trabajo á que se dediquen.

De 30 á 35 años, una cuarta parte.

De 35 á 40, una tercera parte.

De 40 á 45, la mitad.

Y si aun á esta última edad no hubiere contraído legítimo matrimonio, el impuesto ascenderá á las dos terceras partes del total de los haberes líquidos que perciba el célibe por todos conceptos.

Art. 2.° Los empleados públicos mayores también de 25 años y de estado solteros, aptos para el ascenso, no serán, sin embargo, promovidos á la categoría superior, mientras en la inmediata inferior existan funcionarios casados y con hijos legítimos que se hallen en idénticas condiciones que el célibe y soliciten dicho beneficio.» (1)

---

(1) Se calculará en cinco minutos el tiempo de exposición del telón cartel.

Al levantarse el telón anuncio, aparece la escena representando comedor modesto con puerta al foro. Puerta en primer término izquierda y balcón en primero derecha. Muebles adecuados, aparador al foro izquierda, mesa camilla á la derecha y, alrededor, sillas volantes. Media luz, por ser la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

DOÑA CARLOTA y FILOMENA. Después LA SAGRARIO. Doña Carlota y Filomena cosen apresuradamente y sin hablar, confeccionando ropa interior de caballero. Suena la campanilla, que se supone de la puerta de entrada. Sale Filomena á abrir (por la derecha de la puerta del foro), regresando en seguida

FIL. Mamá: es la mujer que nos recomendó la Leoncia. Tiene buen tipito; algo achulada parece.

CAR. Que pase; hoy, de todos modos, tendrá que servirnos ella.

FIL. (Al paño.) Pase usted.

CAR. Muy buenas, joven. (Entra derecha puerta foro La Sagrario.)

SAG. A sus órdenes, señora.

CAR. Bueno; aquí ya sabe usted que de asistenta nada más.

SAG. Ya me lo ha dicho la Leoncia; y pa mí es mejor, porque como no es una sola... Mi Sebastián siempre me lo dice: «¡Si pues apañártelas de no faltar por la noche!» Ya ve usted; por causa de las criaturas: la una llora, el otro se cae de la cama... Tenemos un chiquitín en la latancia, y ¡cómo quié usté comparar un padre con una madre!...

CAR. Le he dicho á usted de asistenta, y es menos que de asistenta; es venir todas las noches a esta hora y estarse aquí hasta las once ó poco más.

SAG. Ya lo sé, ya.

CAR. Y luego, á las once, ¿se va usted á ir sola ó vendrán á buscarla?

SAG. Ya es muy tarde; y en este Madrid y á esas horas... ¡hay ca tío!... Vendrá por mí el hijo mayor. Sebastián no quiere venir él, porque

dice que hasta que nos casemos no está bien que nos vean solos por la calle.

CAR. (Enfadada.) Deben ustedes casarse cuanto antes.

SAG. ¡Anda! ¡Pues estamos moviendo poco lo de los papeles de la Vicaría! Pero como ahora hay cola pa casarse... Con eso del impuesto que han puesto pa que lo paguen los solteros, están ahora las parroquias como si fueran fuentes del agua gorda.

FIL. Muy animadas, ¿eh?

SAG. ¿No le digo á usted que como las fuentes? Y que, aunque aguarde seis horas, hay que ver lo contenta que se va la que logra llenar el cántaro. Es lo que dice mi futuro: «¡Ca día que se pasa sin casarme, es una ruina!» ¡Si le cobran de impuesto yo creo que casi tanto como gana de jornal!

CAR. ¡Qué atrocidad! Pero, está bien; de este modo se moralizarán las costumbres.

SAG. ¡Pué que sí! Conque por eso no se angustie usted, señora, que no se pasarán muchos días sin que nos echen la coyunda: porque, aunque los párrocos están hace tiempo con unas prisas que hasta tién que velar, como Sebastián ha llevao una recomendación de la Fornarina, que es íntima de su hermana, pué que le atiendan y nos pasen por encima de otros. Bueno, ¿y qué hay que hacer?, ¿la cena?

CAR. No, la cena, no. Ya hemos cenado. Nosotras cenamos muy pronto. Lo primero, ponerse el delantalito que le daremos; y luego, nada, abrir á la puerta, servir un vaso de agua, bajar por el periódico, cuando salga; esas cosas, nada. Ya le diremos... Es que aquí nos reunimos unas cuantas personas de confianza ,todas las noches.

SAG. Sí, ya; por el día ustedes se lo hacen todo. Yo no hago falta más que para la reunión.

CAR. Justo. Ya comprenderá usted que por tan poco, el jornal no puede ser mucho. Le pagaremos á usted la mitad que se paga á una mujer por un día de trabajo.

SAG. ¿Dos reales?

CAR. Eso es.

SAG ¿Y sin cenar?

CAR. Ya le he dicho á usted que nosotras cenamos temprano, antes de oscurecer. Usted puede estar todo el día trabajando en lo que se le antoje; y, luego, después de las once de la noche, en su casa otra vez.

SAG. Bueno.

CAR. Puede usted pasar. Anda, Filomena; dale el delantal. (*Medio mutis izquierda Sagrario y Filomena*) Oiga: sólo le hago una advertencia; que procure guardar aún más que formalidad, una seriedad absoluta. Hable poco las horas que esté aquí, y con los caballeros, nada.

SAG. Está bien, señora.

(*Mutis izquierda Filomena y Sagrario.*)

ESCENA II

DOÑA CARLOTA, QUINTINA. Después FILOMENA

QUIN. (*Sale foro, lado izquierdo, con envoltorio de ropa preparada para entregar á la tienda, y deja el envoltorio sobre una silla. Es una mujer extremadamente fea, de ingrata figura y hasta un tanto jorobada.*) ¿Con quién hablabas, mamá?

CAR. Con la asistenta nueva.

QUIN. ¡Qué chillona! No me gusta. ¿Es que le han parecido poco los dos reales, como á la otra?

CAR. No le han parecido mucho. ¡Se quejan por ganar en tres horas de holganza lo que vosotras, hijas mías, en cuatro ó cinco de pesada tarea con el cuerpo arqueado sobre la costura! (*Sale Filo, izquierda, y reanuda su labor. Doña Carlota no ha dejado de coser.*)

QUIN. Mamá, no empieces... ¿Pero aún no habéis terminado estos jaretones? (*Pónese á ayudarlas. Las tres siguen cosiendo durante toda la escena.*)

CAR. ¡Cuántas veces pensé haceros obreras! Pero no tuve valor... Y prefería veros ayunar, que comer el pan que se gana en un taller ó en

una tienda. Estupideces, tontunas; pero tontunas invencibles.

FIL. Mamá: no te entristezcas. Si te queremos mucho, si te estamos muy agradecidas. ¿Cómo una madre que no hubiera sido tan inteligente como tú y tan buena, hubiese podido sostenernos y conservarnos honradas, en diez años que papá falta?

CAR. ¡Señoritas, señoritas!... ¿Por qué habréis nacido señoritas?...

QUIN. Bueno, bueno, mamá. ¿A qué viene ahora eso? ¡Ahora que debíamos todas bailar de contentas!

CAR. Sí, por la ley contra el celibato.. Es verdad; por fin los Gobiernos se han acordado de las hijas de las familias venidas á menos. Era una clase que estaba completamente desatendida.

QUIN. Pilarcita, la del tercero, se sabe ya la ley de memoria, con todos los artículos de carretilla.

FIL. Y la mar de chicas casaderas han colocado el ejemplar de la *Gaceta* en la cabecera de la cama, entre el San Antonio y la pila del agua bendita....

QUIN. ¡Bendita sea la ley! (Suspirando.)

CAR. (Aparte.) ¡Esta pobre se hace ilusiones! ¡Me parece que, ni con un Código entero, la caso!

ESCENA III

DICHAS, SAGRARIO

Se supone que la luz del día, ya escasa al comenzar la escena primera, es casi nula en este momento

SAG. (Saliendo, izquierda, con delantal de peto.) Señora: que á mí no me gusta estar á oscuras... ¡Anda!, y ustedes cosiendo, y con esta luz... ¡No puén ustés tener ojos!

CAR. ¿Se acabó anoche el mineral?

FIL. Sí, mamá. Como estuvieron las visitas hasta tan tarde...

CAR. Tome usted; baje por medio litro. (Le da dinero.)

SAG. ¿A la tienda de aquí mismo?

CAR. Sí.

SAG. Dejaré abierto. (Mutis foro lado derecho.)

CAR. Quintina, déjalo ya. Filo y yo lo remataremos. Vete arreglando; ponte algo más de polvos.

QUIN. (Levantándose.) Se gastan en seguida, mamá. (Doña Carlota y Filomena continúan cosiendo.)

CAR. No importa. Y colócate también el añadido de tu hermana. A ella no le hace falta; tú se lo dejas, ¿verdad?

FIL. Sí, tonta; póntelo.

QUIN. Bueno, mamá. ¡Qué afán con que me arregle tanto! ¡Si estoy bien así! ¡Si estoy bien así! (Mutis foro, lado izquierdo.)

CAR. ¡Pobrecilla; que está bien así!...

ESCENA IV

FILOMENA, DOÑA CARLOTA, QUESADA, VALENTÍN

QUES. (Desde dentro.) Por aquí estarán; pase usted (Saliendo foro, lado derecho.) ¡Doña Carlota! (Sale, tras Quesada, Valentín con un ramo de flores en la mano.)

CAR. ¿Quién? ¡Ay, si es el vecino!

QUES. Vengo con Valentín. ¿Las hemos asustado á ustedes? Como la puerta estaba abierta...

CAR. Sí, salió la chica. Pero, por Dios, entren ustedes.

QUES. Yo no me atrevo.

CAR. ¡Claro!, viniendo de la claridad .. (Bajo á Filomena. Ambas han dejado la costura precipitadamente, en cuanto oyeron la voz de Quesada.) Anda, aprovecha; recoge la labor, que no la vean. (Alto.) Filomenita tiene la culpa: dice que es más ideal una media luz, y no hay modo de que encendamos á su hora. En seguida sube la criada.

QUES. (A Valentín.) Yo voy á echar una cerilla.

VAL. No, no encienda usted, que está con ella

una de las hijas, y me voy á poner muy encendido...

QUES. ¡Que yo le quito á usted el encogimiento, hombre! (La obscuridad es absoluta. Quesada enciende una cerilla, y las dos mujeres resultan sorprendidas con la labor en la mano.)

CAR. (Sonrojada.) Por entretenernos... (Balbuciente.) Repasando nuestra ropa. (En el apresuramiento, por recogerlo pronto todo, caen al suelo unos calzoncillos ú otra prenda de caballero.) Esto es de mi tío, el Senador... Quiere que sólo nosotras... ¡Caprichos de viejo!

FIL. (Retirándose, foro, lado izquierdo, llevando en brazos toda la labor, y en la mano derecha el envoltorio que sacó en la escena segunda Quintina.) Con el permiso de ustedes. (Mutis foro, lado izquierdo.)

ESCENA V

DOÑA CARLOTA, QUESADA, VALENTÍN

Cuando parezca más oportuno á la dirección de escena, Sagrario volverá de la calle (foro lado derecho) con el mineral, encenderá el quinqué ó lámpara (ó lo traerá ya encendido, por haberse llevado el depósito con el tubo en la escena III, dejándolo ahora en escena sobre su pié), y hará mutis, puerta izquierda

QUES. Quizás hemos venido á molestar, á la hora de la cena.

CAR. No, no cenamos todavía. Nosotras cenamos muy tarde.

QUES. Pues aquí le tiene usted. ¡Hoy viene dispuesto á todo!

CAR. ¿Pero insisten ustedes?

VAL. Sí, señora; por lo que usted más quiera; por lo que usted más anhele...

QUES. Valentín es un joven de grandes esperanzas. Pertenece al cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, en el que se asciende con escala cerrada; él no tiene más que veintisiete años, y ya gana ocho mil reales.

VAL. Y en seguida voy á ascender, si me pongo

en condiciones, casándome; porque, si no, ascienden á Cifuentes, que es casado y con hijos, y lo tiene solicitado en virtud del artículo segundo de la nueva Ley.

QUES. Además, están trabajando para que el Cuerpo tenga Montepío y á las viudas les quede una pensión discreta.

VAL. Poca cosa: los dos quintos del sueldo regulador... (Muy colorado.) Ya me habrán visto paseando la calle.

CAR. Sí; muchas veces.

VAL. ¡Muchas! Yo al balcón no me he atrevido á mirar; apenas de soslayo... No he visto más que tiestos, persianas y algo de faldas...

QUES Conque, doña Carlota, no sea usted mala. El porvenir de este joven me interesa; fuí amigo de su padre. Interésese usted también. Si tiene esa cortedad, ¿qué le va á hacer el muchacho?

VAL. Mujer de los cuarenta para abajo,... ¡que no lo puedo remediar!

QUES Es debido á que le han educado como un cartujo, porque como su padre era...

CAR. ¿Muy reaccionario?

QUES. No, señora; muy liberal. Pero al ser su padre liberal, su madre, como es natural entre matrimonio, era conservadora, y ella fué la encargada de la educación de esta criatura. ¡Si ha estado el chico sin cruzar palabra con una mujer desde los siete años hasta los veinticuatro!

VAL. Y cuando la crucé con la primera, ya era tarde; ya no podía... Mi situación es terrible, mi caso es anormal, á mí han debido exceptuarme de la ley. No hay justicia... Me habló Quesada de que viniera yo á sus reuniones de usted, asegurándome que entre tanta chica joven se me acabaría el encogimiento. Pero, ¡quiá, imposible!

QUES. Se opuso: aseguró que iba á hacer el ridículo.

VAL. Venir, volver, pretender, delante de todos lanzarme... ¡Nunca, nunca!... ¡Antes pago el impuesto y renuncio al ascenso y todo! Por

eso he querido cuando no hubiera nadie... (Levántase) Y me he tomado tres copas de cognac, y estoy dispuesto... ¡Ahora ó nunca! Usted me presenta ahora á la señorita que sea, yo le doy el ramo... Si me lo acepta, soy su novio, y vengo á la reunión ya como novio; y, entonces, tan á gusto... ¡A mí es la declaración la que me quema en la garganta! ¡Ah, si pudiera echarla!...

CAR. Considere usted...

VAL. (Rogando.) Mande usted salir á cualquiera de sus hijas. Esa misma que estaba aquí antes.

CAR. Esa está comprometida.

VAL. Pues á otra. Yo no la miro: le doy el ramo. ¿Se decide usted?

QUES. Sí, doña Carlota.

CAR. Bueno. (¡Dios mío!,... que no la mire...)

VAL. Permítame usted que le bese la mano. (Lo hace.) Váyase usted, Quesada; que no haya nadie delante. (Suplicante á doña Carlota.) Ande usted, señora. (Mutis foro, lado izquierdo, doña Carlota.) ¡Por fin! ¡Ya no ascenderán á Cifuentes!

QUES. ¡Animo, caramba! (Mutjs foro lado derecho.)

ESCENA VI

DOÑA CARLOTA, QUINTINA y VALENTÍN

Valentín se halla en el centro de la escena, de frente al público, ramo en mano, sin atreverse á mirar á ningún lado. Entra á poco doña Carlota, que trae de la mano á Quintina, por foro lado izquierdo.

CAR. (Bajo.) Anda, mujer.

QUIN. (Idem.) Mamá: ponte en mi caso.

VAL. (Idem.) La presiento, la siento .. Los oídos me zumban y se me va la vista. Es el flúido femenino... ¡Debe de ser preciosa!

CAR. (Adelantándose con Quintina.) Señor Argonilla: presento á usted á mi hija Quintina. (Aparte á Quintina.) Ahora te dará el ramo.

VAL. (Recitando.) Señorita: acepte usted estas mo-

destas flores, testimonio... testimonio... (Aparte.) Juraría que es arrebatadora. (Entre el deseo de verla y la timidez, «lucha homérica». Por último, la mira con el rabillo del ojo, y queda horrorizado, hasta el punto de que el ramo se le escapa de las manos.) ¡Dios mío!

CAR. (Aparte.) La vió; de reojo, pero la vió. No le da el ramo .. ¡Estamos perdidas!

VAL. Señora, mis nervios van á estallar.

CAR. ¿No le da usted el ramo?

VAL. ¡Se me ha caído, señora!

CAR. (Avergonzada.) ¡Retírate, Quintina! Ya te llamaré.

QUIN. (Aparte.) ¿Que le pasa?... ¡Ninguno se decide! (Mutis foro lado izquierdo.)

CAR. (Desolada.) ¡Gran Dios! ¡Ni viéndola de reojo!

ESCENA VII

DOÑA CARLOTA, VALENTÍN

VAL. Si ya lo decía yo, si mi cortedad...

CAR. No, joven; no trate usted de disimular, aunque le agradezco la galantería. Es que no ha encontrado usted en mi hija lo que buscaba.

VAL. Le diré á usted; yo no niego la belleza de su hija de usted...

CAR. ¡Oh!

VAL. Pero eso va en tipos, y no creo ofenderla diciendo á usted que no es mi tipo. Mal gusto mío, desde luego... Considere usted que un hombre tímido, como yo, no puede buscar diversiones fuera de casa; vive atenido al hogar, siempre con su mujercita. Y en estas circunstancias es necesario tener una esposa que sea el tipo de uno; no en absoluto fea ó bonita, sino el tipo de uno... ¿Me entiende usted? ¿No es así? ¡Si fuera yo como Quesada, que no le importa con quien casarse, siempre y cuando que la que sea le deje pronto viudo!

CAR. ¡Ah! ¿Pero Quesada piensa casarse?

VAL. ¡Qué pregunta! Ahora, todos. (Coge el sombrero.) Señora, comprendo que ya mi presencia aquí no le será á usted muy grata.

CAR. (Deteniéndole.) Un momento: decía usted que Quesada...

VAL. Piensa casarse, pero con una enferma.

CAR. ¡Qué atrocidad!

VAL. Y, si puede ser agónica, mucho mejor.

CAR. ¡Eso es inhumano!

VAL. No tanto; es que él ha leído y releído la ley, y consultó á un abogado, y sabe que los viudos no pagarán impuesto ¡Quiere ser viudo! Pero para eso es indispensable ser antes casado... ¡Si anda por ahí hace días loco buscando una incurable que se preste á darle su mano! Ha pasado ya aviso á varios hospitales. Señora: lamento lo ocurrido. Créame usted, soy sincero. Lo lamento. A los pies de usted, señora. (Mutis foro lado derecho. En el breve tiempo en que doña Carlota queda sola, medita «su plan,» que comienza á poner en ejecución en cuanto sale Quesada.)

ESCENA VIII

DOÑA CARLOTA y QUESADA

QUES. (Saliendo foro, lado derecho, en cuanto hace mutis Valentín.) ¿Qué?, ¿muy bien?, ¿todo derecho?, ¿eh? En cuanto le he visto salir, he entrado á oir de boca de usted la buena nueva.

CAR. Calle usted por Dios, Quesada.

QUES. Pero, ¿qué ocurre?

CAR. ¡Mi Quintina! ¡Hija mía!

QUES. Sí, Quintina; ¿qué le pasa?

CAR. Que yo no sé si la impresión... Acaso la impresión de la escena con ese joven... ¡Porque usted no sabe qué escena! Se ha desmayado, se ha desvanecido, aquí se me quedó, de pronto, como muerta... (Llora.)

QUES. Voy á la Casa de Socorro... (Medio mutis.)

CAR. No, no avise usted. Se le pasó.

QUES. ¡Vaya!, enhorabuena que no haya sido nada.

CAR. ¡Sí, nada!.. Se le ha pasado momentáneamente. Pero usted no sabe... ¡Es terrible á su edad, eh! Siéntese usted, Quesada. (Siéntanse.) Yo no quiero decirlo, porque ¡pierde tanto una muchacha casadera, si empieza á saberse que padece una enfermedad incurable!

QUES. (Muy intrigado.) ¿Incurable?

CAR. ¡Incurable, sí! Pero, usted es tan bueno... Nos demuestra tanta amistad... ¿Usted no le había notado nada?

QUES. Nada: esa pequeña joroba, nada más.

CAR. Pues de ahí proviene. Una deformación de los huesos, con influencia en los nervios, en la circulación de la sangre y en los pulmones... ¡Un espanto, querido Quesada! ¡¡Lo más que me la dan de vida, son unos meses!! ¡Pobre hija mía! (Nuevos llantos.)

QUES. Conque unos meses.. Señora: ¿Usted ha consultado bien?

CAR. Sí.

QUES. ¿Ha ido usted al Buen Suceso?

CAR. Muchas veces.

QUES. ¿Y todos los especialistas opinan...?

CAR. ¡Todos! (Preséntase Quintina foro lado izquierdo.)

ESCENA IX

DICHOS. QUINTINA

QUES. ¿Está usted mejor?

CAR. ¡Anda, anda, hija! ¡Acuéstate!

QUIN. Mamá, ¿á estas horas?

CAR. Pues, ponte un paño en la frente.

QUES. Sí; eso está indicado para los desvanecimientos. (Entre doña Carlota y Quesada atan un pañuelo á la cabeza de Quintina.) Vaya, las dejo á ustedes. Un extraño siempre molesta...

CAR. ¿Volverá usted?

QUES. ¡Ya lo creo! A saber qué tal sigue. ¿No me ha de interesar la salud de Quintinita? (Aparte, al mutis, con mal disimulada alegría.) ¡Dios mío!

¿Será verdad que ésta es incurable? (Mutis foro lado derecho.)

QUIN. Mamá, ¿qué es esto? ¿Para qué me habeis puesto este trapo? (Quítaselo.)

CAR. Ven al lavabo, quítate los polvos y píntate ojeras y hazte la fatigada... ¡Ya te explicaré, anda!

QUIN. Pero, mamá, ¿no me decías que me diera más polvos? (Mutis ambas foro lado izquierdo.)

ESCENA X

SAGRARIO y AMADEO

Apenas ha quedado la escena sola, se oye el timbre ó campanilla que se supone en la puerta de la escalera. Sagrario pasa de lateral izquierda á foro lado derecho, volviendo á salir con Amadeo

SAG. ¿Usted será de los que vienen á la reunión?

AMADEO Sí, joven; yo soy de los esenciales. ¡Hombre!, ¿cómo es que hoy está ya la luz encendida?

SAG. ¿Quién les digo que es usted? Porque, como yo he caído aquí hoy... Y, por cierto, que me parece que con mala pata; porque lo que la remedie á nadie... (Cuantas veces intenta Amadeo contestar, se lo impide la charla de Sagrario.) ¡Mi casita de mi vida! Pero, dígame usted quién es, que me han prohibido hablar con los caballeros... Bueno, las diré que uno de la reunión. (Mutis foro lado izquierdo.)

AMADEO ¡Bien se conoce que le han prohibido que hable! ¡No hay como prohibirle una cosa á una mujer!

ESCENA XI

DOÑA CARLOTA y AMADEO; después FILOMENA

CAR. (Por el foro lado izquierdo.) ¡Ah! ¿es usted Amadeo? (Al paño, foro lado izquierdo.) Filo, Filito, sal.

AMADEO ¿Han cenado ustedes ya?

CAR. Sí; nosotras cenamos muy pronto. Ya lo sabe usted. (Sale Filomena foro lado izquierdo.)

FIL. ¿Cómo estás, Amadeo, desde anoche?

AMADEO Bien; ¿y tú, desde la misma hora?

FIL. Buena.

AMADEO ¿Has salido hoy?

FIL. Yo no; mamá salió un rato. (Filomena y Amadeo juntos. La mamá separada discretamente.)

CAR. Sí; á cobrar nuestra pensión.

FIL. (Bajo, á Amadeo.) No le hagas caso. Fué á la plazuela de la Cebada á comprar lechugas, porque las dan más baratas. Yo no quiero que te cases engañado: soy demasiado leal para eso. Nosotras hoy vivimos á fuerza de coser para fuera.

AMADEO ¿Exceptúa la ley ese caso?

FIL. No, tonto.

AMADEO Entonces, ¿á qué me das explicaciones? Me es igual; y precisamente hoy vengo decidido á que fijemos para en seguida el plazo de la boda. Ha estado el comisionado especial de apremios en mi casa y me ha dicho que si dentro de quince días no presento el certificado de matrimonio, procederán al embargo. Así es que... (Volviéndose.) doña Carlota...

CAR. ¿Decía usted, Amadeo?

AMADEO Que ya conoce usted mis intenciones. Son santas y, sobre todo, legales.

CAR. Pero usted ya sabe que mi hija, al casarse, pierde el derecho á la pensión; ¿con qué medios cuenta usted para mantenerla?

AMADEO Pues mi porvenir ya está marcado. Tengo presentada instancia para hacer oposiciones.

CAR. ¿A qué?

AMADEO A muchas cosas. Yo todas las oposiciones que salen, las firmo. Ahora tengo entre manos, en Madrid: las de aspirantes á oficiales de Negociado del Ministerio de la Gobernación, las de la Tabacalera y Banco de España, de interventores de ferrocarriles y aspirantes á la Judicatura. Y en provincias: unas notarías, en Valladolid; una escribanía, en Cáceres; otras de oficiales de Sala, en

Sevilla; y una relatoría, en Barcelona... Porque yo soy abogado, como todo español, mientras no se pruebe lo contrario... ¡Ah, se me olvidaban las de policía y las de escribientes de Hacienda! En las de cónsules no intento, por las lenguas... ¡Oh, si yo poseyera un par de lenguas!

CAR. Francamente, joven; yo quisiera algo más positivo.

AMADEO Y yo también, señora. Nunca me hubiera lanzado á ser marido, sin contar antes con una plaza... Pero, como la ley me apremia... Ya ve usted: dentro de quince días... me embargan. ¡Y si se echan encima de lo poco que tengo en el pueblo, que heredé de mi padre!...

CAR. ¡Ah! Pero, ¿usted dispone, para ir tirando?

AMADEO Poquita cosa: un poco de avena y otro poco de cebada. Pero, si el Gobierno se echa encima... Yo puedo aguantar unos meses, quizás un año ó dos. Y malo será que entretanto, y entre tantas oposiciones...

CAR. Entonces, yo, si ella le quiere á usted...

FIL. Sí, mamá, le quiero. (Cogiendo una mano á Amadeo.) ¡Contigo no hay privaciones para mí!

CAR. Sí; ¡contigo, cebada y avena!.. (Aparte.) ¡Verdaderamente, que más privaciones que pasa en casa la pobrecilla!

ESCENA XII

DICHOS, EDUVIGIS, EUGENIA, DOÑA ROSARIO y DON ATILANO

Se oye hacia el foro derecha ruido de voces de mujeres que hablan á la vez. Un campanillazo

FIL. Ya están aquí las de Montealegre.

CAR. Sí, ellas son.

AMADEO Se las conoce en el cacareo.

(Sagrario ha salido á abrir, regresando á la cocina. Es decir, una doble pasada, de foro lado izquierdo á foro lado derecho, y de este término á lateral izquierda. Salen Eduvigis, Eugenia, Doña Rosario y don

Atilano, foro, lado derecho. Síguense los saludos naturales.)

CAR. ¡Ah!, ¿traen ustedes su caballero andante?

ATIL. Escudero, nada más.

FIL. (A Eduvigis.) ¿Qué te pasa? ¡Qué sofocada vienes!

EDUV. ¡Ay, hija, que la asedian á una!

EUG. ¡Que no te dejan en paz!

EDUV. Con esto de la nueva ley, están los hombres imposibles. ¡Dichosa ley!

EUG. ¡Qué asco de ley!

EDUV. ¿Sabes lo que me ha dicho ahora un albañil, con cara de casado?: «¡Lo que está haciendo falta aquí, es una ley que autorice la polisgamia, so negra!»

EUG. ¡Están los hombros muy cargantes; todos, todos, todos!

EDUV. Nos vamos á hacer unos impresos, para rechazar proposiciones amorosas.

EUG. Encargaremos mil.

(Los jóvenes, á la derecha, rodeando la camilla. A la izquierda, en sillas ó sofá y sillones, las personas de edad.)

CAR. ¡Eh! ¡Cómo están las niñas, doña Rosario!

ROS. ¡Y pensar que en nuestros tiempos!... ¿Se acuerda usted?

ATIL. (Desde que entraron, no se ha separado de doña Rosario.) Escuche usted, doña Rosario; aunque las niñas han venido delante, y usted y yo, detrás, hablando, el camino se me ha hecho demasiado corto...

ROS. ¡Ay, muchas gracias!

ATIL. Demasiado corto para decirle lo que me había propuesto, que es que yo estoy enamorado de Eduvigis y, en su defecto, si ésta no quisiera ó no pudiera corresponderme, de la otra, de Eugenita. Necesito casarme.

ROS. ¿Usted? ¿A su edad?

ATIL. Precisamente. El impuesto que establece la ley, es progresivo, según los años. Yo tengo setenta y seis, calcule usted. ¡A Rothschild quisiera yo verle!... Han debido exceptuarnos á los mayores de sesenta años, como para tomar las armas.

ESCENA XIII

DICHOS y QUINTINA

Sale Quintina, pálida, ojerosa, horrible, foro, lado izquierdo

QUIN. Mamá, ¿estoy bastante cadavérica? (Bajo á su madre.)

CAR. (Bajo á Quintina.) Sí, hija mía, sí; sublime. Servías para actriz.

(Los demás ven á Quintina y se horrorizan al observar su demacración.)

EDUV. Pero, ¡por Dios, Quintina!

ROS. ¿Qué te sucede?

AMADEO ¿Qué es eso?

CAR. (Afectando misterio.) ¡Callen ustedes!

ATIL. ¿Está mala?

CAR. (Con igual misterio que antes.) Malísima, ¡muriéndose!

ESCENA XIV

DICHOS, QUESADA, VALENTÍN y GONZALO. SAGRARIO, cuando se indique

Llaman á la puerta de la escalera. Sagrario, el mismo juego que anteriormente, pero saliendo de la lateral izquierda. Salen por el foro, lado derecho, Quesada, Valentín y Gonzalo. Valentín, trae bajo el brazo, un gramófono

QUES. ¡Buenas, señores! (Saludando á todos.) ¡Era verdad! ¡Qué cara tiene! (Fijando su atención en Quintina. Dirígese á doña Carlota.)

CAR. Querido Quesada...

QUES. ¿Qué?

CAR. ¡Peor!

QUES. Señora: ¡más vale así!

CAR. ¿Cómo?

QUES. (Rectificándose.) ¡Todo sea por Dios!

CAR. ¿Me trae usted á Valentín?

QUES. Sí; pero se declarará á una de las de Mon-

tealegre. Hemos hecho un convenio. . Déjeme usted á mí.

VAL. (A doña Carlota.) Señora: usted me disculpará por volver á su casa. Pero he hablado con Quesada... me ha rogado que vuelva... ¿Me permite usted que le presente á mi hermano Gonzalo? (Saludos)

(Valentín y Gonzalo pasan al grupo de los jóvenes.)

CAR. (A Quesada.) ¿Vienen los dos hermanos para las dos hermanas, por lo visto?

QUES. (A doña Carlota.) No, señora; éste, (Por Gonzalo.) viene libre. A distraerse, según él. Es de los que cazan dotes, y dice que tiene boda concertada con Paquita Sietemolinos, la hija de uno que hoy es marqués y vino á Madrid á pie, que ha hecho dinero con los carbones.

(Valentín se ha separado del grupo de los jóvenes, para pasar á saludar á don Atilano.)

CAR. ¡Ah! ¿pero se conocían ustedes?

VAL. Sí; este señor tenía casa de préstamos; conocimiento de estudiante. (Continúa hablando con don Atilano.) Así es, que usted viene por una de las Montealegre.

ATIL. Eso es.

VAL. Yo vengo por la otra.

ATIL. ¿Por cuál?

VAL. Por la otra; por la que usted deje. Me es igual; es que van á ascender á Cifuentes. ¡Todas las mañanas paso unos sustos en la oficina! Y, además, traigo preparada la placa para la declaración, y todo.

ATIL. ¿La placa?

VAL. Sí; verá usted lo que se me ha ocurrido: declararme por fonógrafo. Es la única manera. ¡Como soy tan corto!

ATIL. (Que con Valentín tratará del modo de colocar el gramófono.) Lo colocaremos aquí.

CAR. (Llamando.) Sagrario: haga el favor de venir á ayudar. (Sale Sagrario izquierda.)

SAG. (Aparte, viendo á Gonzalo.) ¡Anda! ¡El señorito Gonzalo! ¡Vaya un punto! ¡Menos mal que no le han dejado suelto por la cocina!

GON. (Aparte, viendo á Sagrario.) ¡Anda, la Sagrario!

¡Pues como me pueda colar hasta la cocina, no le arriendo la ganancia á su marido! (Entre Sagrario y varios más han colocado debidamente el gramófono; Valentín se encarga de manipularlo.)

VAL. (Colocando una placa.) Esta la he impresionado yo. Va dedicada á una de las señoritas Montealegre; no digo á cual, para que lo adivine... Las dos son tan bellas... (Aparte, muy ruborizado.) ¡Huy, debo de estar al rojo blanco! (Aparte.) ¡Parece que es ésta la que entra! (Por Eduvigis. Azorado, rompe el diafragma del fonógrafo.) Se me ha roto el diafragma.

GON. ¡Torpe! En cuanto estás entre muchachas guapas, no tienes manos para nada.

(Gonzalo, indignado, se retira de su hermano, pasando al grupo de las personas de edad. Traba conversación con doña Rosario.)

EDUV. ¡Qué lástima! Pero, no importa. ¡Qué joven más exquisito en su proceder! ¡Es encantador!

EUG. ¡Nunca se vió una idea tan ingeniosa!

VAL. (Aparte, preocupado.) ¡Anda! ¡Parece que han entrado las dos!

ROS. (Hablando con Gonzalo) ¡Quite usted, por Dios! Don Atilano es demasiado viejo para ninguna de mis niñas.

GON. No lo crea usted; tratándose de hombre acaudalado, la vejez es el mejor adorno. Lo dice el dicho: «Oro de viejo más vale que oro viejo.»

EDUV. Ya que se rompió el fonógrafo, concluiremos las prendas que quedaron anoche de las que se pagaron ayer.

CAR. Señores, no ser egoistas. Vamos con las prendas. Conversación general.

(Fórmase un solo grupo, amplio.)

EUG. (Que será la que tenga en su poder las prendas.) A ti te toca. (A Eduvigis.) ¿Qué castigo se impone al amo de esta prenda?

EDUV. Que diga tres veces sí y tres veces no. (Sacan la prenda, que es un pañuelito de seda.)

FIL. Mi pañuelo.

EDUV. Bueno, vete á la cocina, para contestar.

GON. (Aparte.) ¿A la cocina?... (Alto.) ¡Calla; y yo

no tengo ninguna prenda! Daré una. (Entrega un objeto. Filomena vase lateral izquierda; los demás jugadores de prendas se congregan para formular las preguntas, entre ellos lleva la voz cantante Amadeo.)

AMADEO (Consultando á los demás la pregunta) Que si el balcón del piso tiene que dar á la calle, ó si le es igual que dé á un jardín; (Alto, para que ella conteste:) ¿Eh? (A los demás que juegan.) Porque he visto uno así...

FIL. (Dentro.) Sí.

AMADEO ¡Que sí!

CAR. Bueno; no le pregunte usted más, porque á usted le va á contestar á todo que sí, y va á faltar á la regla del juego.

EDUV. Yo le preguntaré. (Consultando la pregunta.) Que si va á querer á su marido más que á su madre.

AMADEO No le pregunten ustedes eso, que ahora dirá que no.

EDUV. (Alto.) ¿Eh?

FIL. (Dentro.) No.

AMADEO ¿Lo ven ustedes?

QUIN. Que si va á saber hacerle á su marido el nudo de la corbata. (Alto.) ¿Eh?

FIL. (Dentro.) No.

EUG. ¡Huy!, ¿no? ¡Va usted á tenerse que comprar plastrones!

EDUV. Que si se va á escapar de la reunión el día de la boda. (Alto.) ¿Eh?

FIL. (Dentro.) Sí. (Risas)

EUG. Ahora que tiene que decir que no, le preguntaremos si tiene vergüenza.

AMADEO No; sal, Filomenita, que te van á preguntar pecados.

(Sale Filomena.)

EDUV. ¿Qué castigo impones?

FIL. Si es caballero, que contente; si es señora, que elija un caballero.

EUG. (Sacando prenda.) ¿De quién es esto?

GON. (Recuperando su prenda.) Mío, mío.

ROS. Tiene usted que contentar á una señora.

GON. Señora: eso es muy difícil. Yo no entiendo de estos juegos. Haré lo mismo que usted ha hecho, (Por Filomena.) que eso ya sé.

FIL. Bueno.

(Gonzalo desaparece lateral izquierda.)

EUG. (Consultando la pregunta.) Que si se casa con esa chica por el dinero del carbón.

CAR. Eso es demasiado fuerte.

EDUV. Bueno; preguntárselo de otro modo más delicado. Que si le gustaría ser carbonero. (Alto.) ¿Eh? (Gran pausa.) ¿Eh? (Silencio, aún de más duración) ¿Qué le pasa? (Nueva pausa.) ¿Eh?

VARIOS ¡Eh!

EDUV. ¡Caramba!

(Quesada ha ido á parar junto á Quintina, al lado de la cual se sienta y á la que hace toda clase de cómicos arrumacos.)

CAR. Quesada, vaya usted á ver. (Quesada vase por lateral izquierda y vuelve á salir con Gonzalo.)

QUES. No, nada; un ligero desvanecimiento.. La cabeza... Este chico padece mucho...

CAR. (Recelosa, con severidad y disgusto, á Gonzalo.) Si supiera su novia de usted, la señorita de Sietemolinos, que padece usted de estos ataques, se disgustaría mucho. (Bajo á Quesada.) A éste no le habrá educado la madre...

QUES. (Bajo á doña Carlota.) No, á éste le educó el padre...

ATIL. (A Gonzalo.) ¿Qué dice usted, joven; que es su novia Paquita Sietemolinos?...

GON. Sí, señor; mi novia.

ATIL. ¿La hija del Marqués de la Encina?

GON La misma.

ATIL. ¿Está usted seguro?

GON. Segurisimo.

ATIL. No, lo digo, porque yo soy administrador y apoderado de la casa, y, mire usted: aquí traigo una copia de la escritura dotal para su boda con el hijo de Conde del Quincel. (Le enseña la escritura.)

GON. ¡Se han estado burlando de mí!

ATIL. (Guardándose la escritura.) Lo positivo es esto.

GON. (Ensimismado.) Y yo, sin novia, soltero; el impuesto...

CAR. ¡Sagrario! (Llamando.)

SAG. (Saliendo lateral izquierda.) Señora.

CAR. Baje usted por el *Heraldo*, que ya habrá sa-

lido. (Le da cinco céntimos. Sagrario mutis foro, lado derecho.)

GON. (Saliendo de su ensimismamiento, á doña Rosario.) Señora: tiene usted razón. Sus hijas de usted no pueden tomar en serio á este vejestorio, porque tenga cuatro cuartos... (Dirígese á don Atilano, enérgico, casi iracundo.) Prohibo á usted que vuelva á cruzar la palabra con ninguna de estas jóvenes: mi hermano y yo nos bastamos.

ATIL. (Sin poder conservar el tono bajo.) ¡Oiga usted, mequetrefe! (Acércase á ellos Valentín.)

EUG. ¡Ay! ¡Yo creo que van á reñir por nosotras!

EDUV. ¡Debíamos darles calabazas á los tres!

(Sagrario sale foro, lado derecho, con un ejemplar del «Heraldo de Madrid» en la mano.)

SAG Mire usted, señora, lo que dice el periódico.

QUIN. ¿Qué?

SAG. ¡Ahí es nada! No se habla de otra cosa en toa la calle. ¡Que ha caído el Gobierno y que ya han tirao esa ley del matrimonio!

CAR. ¿Eh?

(Todos se levantan, sobresaltadas las unas, radiantes de júbilo los otros.)

SAG. ¡Me alegro! ¡Lástima de cuartos que nos íbamos á gastar Sebastián y yo!

AMADEO A ver, á ver. (Leyendo.) «Crisis total.—Las consultas. —El nuevo gabinete.—El nuevo Gobierno suspende, por decreto, la aplicación de la ley llamada contra el celibato, y las Cortes, que se convocan, la derogarán.»

CAR. ¡Horror!

EDUV. ¡Dios mío!

EUG. ¡Yo no lo quiero creer!

QUIN. ¡Jesús!

ROS. ¡Vencidas otra vez! ¡A la vida de antes!

CAR. ¡A la miseria!

FIL. ¡A la soledad!

AMADEO (Que ha seguido leyendo el periódico.) ¡Hombre, qué gracia! Miren ustedes los versitos que publica, bromeándose del Gobierno caído y aplaudiendo al que sube: (Lee.) «Trova de un juglar de la péñola á los privados en desgracia:

Ya cayó este Gobierno molesto y fastidioso,
lo ha matado el famoso matrimonio forzoso;
del amor voluntario quiso hacer yugo odioso...
¡Bien muerto estás! Yo bailo, por tu muerte gozoso...
Lloren las niñas cursis, las en años entradas,
las sin dote, que lanzan anhelosas miradas,
las de blusas y faldas mil veces reformadas,
las del coser oculto y las manos cansadas,
las que dicen á un pollo, en cuanto hablan con él:
«No crea usted, caballero... ¡Papá era Coronel!»
Déjense los Gobiernos de legislar amores,
que es muy bella materia para legisladores;
nunca, por sabias leyes, brotaron frescas flores
ni en los helados pechos se sintieron ardores.
Ni eso es para mujeres de entendimiento sano,
sí para casquivanas con espíritu vano;
hombre que á viva fuerza les entrega su mano,
aceptarlo no es noble, ni honrado, ni cristiano;
ni puede ser manera de que no acabe el mundo,
porque el amor forzado, ni es amor ni es fecundo.»

(Durante la lectura de los versos, Quesada ha cogido su sombrero y ahora se dispone á marchar.)

CAR. ¿Se va usted, amigo Quesada?

QUES. Volveré: eso de Quintina no será nada. Yo le traeré unas píldoras que ha inventado un boticario amigo mío. Mano de santo, se lo aseguro á usted, mano de santo... (Medio mutis foro.) Adiós.

GON. Aguarde usted, señor Quesada. Le acompañaremos á usted.

QUES. No, no se molesten. Ustedes deben quedarse.

GON. ¡No faltaba más! Se iba usted á ir solo...

QUES. Si vivo en la misma casa.

VAL. (Que ha estado recogiendo el fonógrafo.) No le hace. (Mutis foro, lado derecho, Quesada.)

GON. (A don Atilano.) Caballero: basta que usted insista, para que, tanto mi hermano como yo, dejemos á usted el campo libre: diríjase usted á la que quiera...

ATIL. ¿A mi edad?... ¡Por Dios!... ¿Ha tomado usted en serio?

VAL. (Despidiéndose.) A los pies de ustedes.

GON. (Idem.) Tanto gusto... (Mutis foro, lado derecho, Valentín, y Gonzalo.)

ATIL. (Disponiéndose también al mutis.) Yo, permítanme ustedes que también me retire. La noche está algo fresca, y á mis años... no hay que jugar. Hasta la vista. (Confidencialmente á doña Rosario.) Ya hablaremos, tenemos que hablar... Esos chicos no hay que dejarlos escapar, doña Rosario; son buenos partidos, y muy simpaticotes... Hasta pronto, ¿eh? (Mutis foro, lado derecho. Sagrario, que antes marchó á abrir la puerta á los señores que se retiraban, no vuelve á parecer hasta que se indique.)

ROS. ¡Qué desgracia!

EDUV. También nos vamos nosotras.

CAR. Adiós, doña Rosario. (Despedidas, y mutis doña Rosario, Eduvigis y Eugenia, foro, lado derecho. Carlota sale también, á despedirlas.)

ESCENA XV

FILOMENA, QUINTINA, Y AMADEO

FIL. ¿Y usted, Amadeo, no se va?

AMADEO No, ya lo ve usted; yo me quedo.

FIL. ¿A qué?

AMADEO A casarme.

QUIN. ¿Después de la caída del Gobierno?

AMADEO Sí; después y antes.

FIL. ¡Ah, no! ¡Muchas gracias! Le devuelvo á usted su palabra.

AMADEO No; quédese usted con ella, en serio.

FIL. Yo no puedo aceptar ese sacrificio.

AMADEO Acepte usted mi amor; se lo ofrezco á usted, sin ley ni nada.

FIL. Pero, yo no puedo aceptar...

AMADEO Acepte usted, Filomena, Filo, Filito... Comencé á hablar con usted, por la Ley, lo confieso; pero luego, su bondad, su natural honrado y sincero, sus atractivos de mujer, todo me ha unido á usted más que pudiera unirme la copilación completa del dere-

cho civil romano y del canónico. ¿Acepta usted?

FIL. Sí; acepto, sí.

AMADEO ¡Bendita seas! ¡Filito, Filo, Filomena, Filomenita!...

ESCENA XVI

DICHOS, SAGRARIO y CARLOTA por foro, lado derecho

Sagrario sale quitándose el delantal y poniéndose el mantoncillo que sacó en la escena primera

SAG. Señora; ahí está mi Sebastián, á buscarme. Como ya no nos pensamos casar, no le importa que nos vean juntos por la calle. (Doña Carlota le paga los dos reales. Mutis Sagrario foro, lado derecho.)

CAR. Niña, bórrate esas ojeras. Y, ¡á ver cómo mañana te empolvas bien y te compones! (A Quintina.)

AMADEO (A Filomena.) Hasta mañana. Vendré dos veces. (Mutis foro, lado derecho.)

ESCENA XVII

FILOMENA, DOÑA CARLOTA y QUINTINA

QUIN. ¡Maldita sea! ¡Mira que haber caído el Gobierno!

FIL. Hermana: soy muy egoista, pero me alegro... Esto, que tanto os aflige, me ha hecho ver el único rayo de luz de toda mi vida. Me ha hecho sentir, gozar, palpitar, vivir... ¡Me ha descubierto el amor verdadero de un hombre!
(Al público.)
Votad esta ley, señores,
dando, por votos, palmadas;
pensad que leyes peores
fueron también aprobadas.

TELON

Obras del mismo autor

El bateo, sainete lírico. En colaboración con don Antonio Paso. Música del maestro Chueca.

El ciego de Buenavista, sainete lírico. En colaboración con don Juan Toral. Música del maestro Torregrosa.

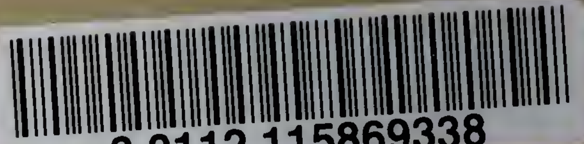
El seductor, sainete lírico. Música del maestro Chapí.

El mayor éxito, comedia en un acto.

Los dos viejos, zarzuela cómica. Música del maestro San Felipe.

¡Gracias á Dios!, entremés, con música de Ruiz de Arana y Ribas.

Relatos, colección de cuentos. Prólogo de Blasco Ibáñez y epílogo de Angel Guerra.



Precio: UNA peseta